

DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

DE DON MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE.

(Tesoro del Parnaso español.)

Nació en la villa de La-Guardia, en la Rioja, á 12 de Octubre de 1745. Fueron sus padres don Félix Sanchez Samaniego y doña Juana Maria Zabala, natural de Tolosa de Guipúzcoa. Como hijo mayor, heredó los mayorazgos de su casa y fué señor de las cinco villas del valle de Araya. Recibió de sus padres la primera educacion; estudió dos años de leyes en Valladolid; viajó por Francia con mucha utilidad, y pasó despues á Vergara, donde adquirió importantes conocimientos con el frecuente trato del Conde de Peñafiorida (1) y del Marqués de Narros, sus parientes, y fundadores de la Sociedad Vascongada, la primera que se estableció en España, de la cual fué SAMANIEGO uno de los primeros socios de número, desde el año de 1765, en que residia en La-Guardia. Vivió despues muchos años en Bilbao, por haber contraido allí matrimonio con doña Manuela Salcedo, de quien no tuvo sucesion. Como socio de número, concurría á las juntas generales que todos los años celebraba la Sociedad alternativamente en Vitoria, Vergara y Bilbao, amenizando con su agradable y chistosa conversacion aquellas concurrencias. Residió tambien algunas temporadas en el seminario de Vergara, como presidente de turno entre los socios de número, y entónces fué cuando comenzó á escribir sus *Fábulas*, acomodándolas á la capacidad de los niños. En 1782 le comisionó su provincia de Alava para evacuar en Madrid asuntos de la mayor importancia, que desempeñó completamente, sin embargo de estar prevenido contra él y su provincia el Ministerio; habiendo llegado á captarse de tal modo la íntima confianza del Conde de Floridablanca, que éste tuvo empeño en darle algun destino importante, que rehusó constantemente. La provincia le regaló, á su regreso, una vajilla de plata, tasada en cuatrocientos mil reales, por no haber admitido dietas ni honorarios, y haber hecho crecidos gastos; pero su desinterés le hizo rehusar este regalo, tomando una sola pieza, en señal de agradecimiento.

A instancia de su tío el Conde de Peñafiorida, coordinó sus *Fábulas* para instruccion de los seminaristas; y aprovechándose de un viaje que hizo á Valencia, acompañando á la Marquesa de San Miguel, su cuñada, las imprimió allí en 1781. Al año siguiente presentó en las juntas de la Sociedad el tomo II, que se imprimió en Madrid, por Ibarra, en 1784. Entre tanto publicó Iriarte sus *Fábulas literarias*; habianse indispuerto los dos, y SAMANIEGO imprimió un anónimo con el título de *Observaciones sobre las Fábulas literarias*, y otros folletos contra Iriarte; la parodia de su *Guzman*; las *Memorias de Cosme Damian*, contra el prólogo del *Teatro de Huerta*, etc. Poco cuidadoso de su fama literaria, miraba con indiferencia y poco aprecio sus producciones, que hizo quemar en su última enfermedad. Extremamente aficionado á la música, tocaba con mucho gusto el violín y la vihuela. Era graciosísimo en su conversacion; improvisaba con chiste y oportunidad. Falleció en La-Guardia, á 11 de Agosto de 1801.

Escribió ademas, entre otras cosas, que han quedado inéditas, *El Desierto de Bilbao* y varias poesias familiares y no pocos cuentos festivos, cuyo desmedido desenfado no consiente darlos á la estampa.

(1) Su tío. Éste fué quien le estimuló á que escribiese las *Fábulas*.

II.

DE DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

(Manual de Literatura.)

En el mismo género (las fábulas) sobresalió, y aventajó á Iriarte, otro poeta que este escritor habia contagiado con su prosaismo. DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO publicó una coleccion de fábulas, que han hecho su nombre popular en España. En otra clase de composiciones SAMANIEGO hubiera sido el más infeliz de los poetas; en ésta se elevó á una altura á que nadie, ántes ni despues de él, ha llegado entre nosotros. No es un Lafontaine; pero tiene no pocas veces su naturalidad, su candor y amable filosofía. Su versificacion, si bien con frecuencia harto humilde, no desdice, sin embargo, de sus asuntos; es fácil, fluida, y no deja de adquirir en ocasiones la armonía que le conviene. Todos sus contemporáneos están hoy más ó ménos olvidados ó desatendidos; él solo conserva su reputacion intacta, y ha merecido que sus obras, reimpresas infinitas veces, corran en manos de todos.

III.

DE DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(Historia de la Literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo XVIII.—
Lecciones pronunciadas en el Ateneo.)

..... En las fábulas del poeta latino (Fedro) sólo hay las prendas de estilo en grado extraordinario, señalado por su concision elegante. No igualando en esto Iriarte á Fedro, se le acerca, con todo, hasta un punto no comun, al paso que le excede en la invencion y en la variedad y flexibilidad; pero de las dotes descriptivas, ensalzadas en el fabulista frances Lafontaine, carece, si no del todo, poco ménos; teniendo en este punto, en lengua castellana, un superior en un rival, que vino á disputarle la palma en el género de las fábulas, y que, si por un lado le excedió, por otro no quedó en una superioridad conocida... SAMANIEGO, rival de Iriarte, y en ciertos puntos su vencedor, dotado de algunas prendas poéticas como fabulista, pero de la escuela prosaica como crítico, al elogiarle, celebrando su semejanza con Góngora, para ambos objeto de odio, alaba en él que fuese

..... Por el llano,
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales,
Y todas ellas tales,
Que áun aquel que no entiende poesía,
Dice: *Eso yo tambien me lo diría.*

(Despues de hablar de Iglesias y del Conde de Noroña.) Más crédito mereció DON FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO, muy poeta en sus fábulas, así en las pocas que concibió originales, como en las muchas que tradujo ó imitó; chistoso, fácil y puro en general, aunque á menudo incorrecto, y en alguna otra obra suya, aunque no falta de mérito, muy desigual al que tiene como fabulista.

IV.

DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(Introducción á la poesía castellana del siglo XVIII.)

PARALELO ENTRE SAMANIEGO É IRIARTE.

SAMANIEGO no puso en sus apólogos igual cultura, igual limpieza de ejecución, igual mérito de invención y de oportunidad que el que luce en las *Fábulas literarias*; SAMANIEGO procede con más abandono, y á veces con descuido y desaliño; pero ¡con cuánta más gracia, con cuánta más poesía de estilo cuando el objeto lo requiere, con cuánto más jugo y flexibilidad! Iriarte cuenta bien; pero SAMANIEGO pinta; el uno es ingenioso y discreto, el otro gracioso y natural. Las sales y los idiotismos que uno y otro esparcen en su obra son igualmente oportunos y castizos; pero el uno los busca, y el otro los encuentra sin buscarlos, y parece que los produce por sí mismo; en fin, el colorido con que SAMANIEGO viste sus pinturas, y el ritmo y armonía con que las vigoriza y les da halago, en nada dañan jamás al donaire, á la sencillez, á la claridad ni al despejo. Si en él hubiera algo más de candor é ingenuidad, si descubriera menos malicia, si supiera elevarse á las profundas miras y grandes pensamientos morales, á que sabe remontarse á veces Lafontaine, sin dejar de ser fabulista; si diera, en fin, más perfección á sus versos cortos, que no corren, cuando los escribe solos, con la misma gracia y fluidez que cuando los combina con los grandes, sería difícil negarle el primer lugar entre los más felices imitadores del fabulista francés. Aun así, ¿quién se lo podrá disputar?

POESÍAS.

FÁBULAS

EN VERSO CASTELLANO

PARA EL USO

DEL REAL SEMINARIO VASCONGADO.

*Duplex libelli dos est: quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.*
(Phedro, *Fáb.*, pról., lib. 1.)

PRÓLOGO.

Muchos son los sabios, de diferentes siglos y naciones, que han aspirado al renombre de fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraído del arduo empeño de meterme á contar fábulas en verso castellano. Así hubiera sido; pero permitame el público protestar con sinceridad, en mi abono, que en esta empresa no ha tenido parte mi elección. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida á una persona, en quien respeto unidas las calidades de tío, maestro y jefe.

En efecto, el director de la Real Sociedad Vascongada, mirando la educación como á basa en que estriba la felicidad pública, emplea la mayor parte de su celo patriótico en el cuidado de proporcionar

á los jóvenes alumnos del Real Seminario Vascongado cuanto conduce á su instrucción; y siendo, por decirlo así, el primer pasto con que se debe nutrir el espíritu de los niños, las máximas morales, disfrazadas con el agradable artificio de la fábula, me destinó á poner una colección de ellas en verso castellano, con el objeto de que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, según deseó Platon, á lo ménos ántes de llegar á estado de poder entender el latín.

Desde luego di principio á mi obrilla. Apenas pillaban los jóvenes seminaristas alguno de mis primeros ensayos, cuando lo leían y estudiaban á porfía con indecible placer y facilidad; mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traducción, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendación de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo éste su ambiciosa condición, desea que respectivamente logren mis fábulas igual acogida que en los niños, en los mayores, y aun si es posible, entre los doctos; pero á la verdad, esto no es tan fácil. Las espinas, que de-

jan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son, en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán éstos tan de marca, dando aquí una breve noticia del método que he observado en la ejecución de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Después de haber repasado los preceptos de la fábula, formé mi pequeña librería de fabulistas; examiné, comparé y elegí para mis modelos, entre todos ellos, después de *Esopo*, á *Fedro* y *Lafontaine*; no tardé en hallar mi desengaño. El primero, más para admirado que para seguido, tuve que abandonarle á los primeros pasos. Si la unión de la elegancia y laconismo sólo está concedida á este poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar á ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que á ésta le faltan para igualar á la latina en concisión y energía? Este conocimiento, en que me aseguré más y más la práctica, me obligó á separarme de *Fedro*.

Empecé á aprovecharme del segundo (como se deja ver en las fábulas de *La Cigarra* y *la Hormiga*, *El Cuervo* y *el Zorro*, y alguna otra); pero reconocí que no podía, sin ridiculizarme, trasladar á mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso fabulista en su narración.

No obstante, en el estudio que hice de este autor hallé, no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de *Locmano*, *Esopo* y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparo en entregarse á seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo á asegurar que apenas tuvo presente otro precepto en la narración, que la regla general que él mismo asienta en el prólogo de sus fábulas en boca de Quintiliano: *Por mucho gracejo que se dé á la narración, nunca será demasiado*.

Con las dificultades que toqué al seguir en la formación de mi obrilla á estos dos fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví á escribir, tomando en cerro los argumentos de *Esopo*, entresacando tal cual de algún moderno, y entregándome con libertad á mi genio, no sólo en el estilo y gusto de la narración, sino aún en el variar rara vez algún tanto, ya del argumento, ya de la aplicación de la moralidad; quitando, añadiendo ó mudando alguna cosa, que, sin tocar al cuerpo principal del apólogo, contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad que, según mi conciencia, más de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la fábula; pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los fabulistas, que cualquiera que se ponga á cotejar una misma fábula en diferentes versiones, la hallará tan trasformada en cada una de ellas respecto del original, que degenerando por grados de una en otra versión, vendrá á parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas licencias ó pecados contra las leyes de la fábula ha habido fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la inmortalidad, ¿á qué meterme yo en escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi niniamente mi atención, ha sido en hacer versos fáciles hasta acomodarlos, según mi entender, á la comprensión de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo, no sólo humilde, sino aún bajo, malo es; mas ¿no sería muchísimo peor que, haciéndole incomprensible á los niños, ocupasen éstos su memoria con inútiles coplas?

A pesar de mi desvelo, en esta parte desconfío conseguir mi fin. Un autor moderno, en su *Tratado de educación*, dice que en toda la colección de *Lafontaine* no conoce sino cinco ó seis fábulas en que brilla con eminencia la sencillez pueril, y aún haciendo análisis de algunas de ellas, encuentra pasajes desproporcionados á la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mí una lección. Confesaré sinceramente que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi colección no se halla más de la mitad de fábulas que en la claridad y sencillez del estilo no pueda apostárselas á la prosa más trivial. Éste me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguaje en que debemos enseñar á los muchachos; pero ¿quién tendrá bastante filosofía para acertar á ponerse en el lugar de éstos, y medir así los grados á que llega la comprensión de un niño?

En cuanto al metro, no guardo uniformidad; no es esencial á la fábula, como no lo es al epigrama y á la lira, que admiten infinita variedad de metros. En los apólogos hay tanta inconexión de uno á otro como en las liras y epigramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos y se opone á la variada armonía, que tanto deleita el ánimo y aviva la atención. Los jóvenes que tomen de memoria estos versos, adquirirán, con la repetición de ellos, alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas á que por este medio acostumbren su oído.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de endecasílabos pareados con la alternativa de piés quebrados ó de siete sílabas; pero me he acomodado á preferir su frecuente uso al de otros metros, por la ventaja que no tienen los de estancias más largas, en las cuales, por acomodar una sola voz que falte para la clara explicación de la sentencia, ó queda confuso y como estrujado el pensamiento, ó demasiadamente holgado y lleno de ripio.

En conclusión, puede perdonármese bastante por haber sido el primero en la nación que ha abierto el paso á esta carrera, en que he caminado sin guía, por no haber tenido á bien entrar en ella nuestros célebres poetas castellanos. Dichoso yo si logro que, con la ocasión de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas á cultivar este y otros importantes ramos de instrucción y provecho. Mientras así no lo hagan, habrémos de